

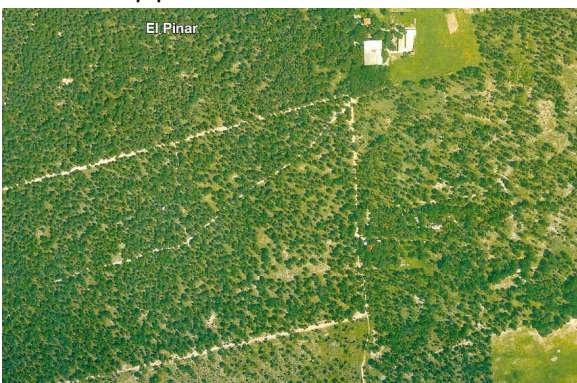
BÍPEDOS

Somos muy afortunados, los corredores de fondo lo sabemos. Vivir en Valladolid es un privilegio. En sus proximidades existe una variedad de paisaje que permite al corredor entrenarse en kilométricos caminos de enmoquetada superficie, todos ellos entre pinares, para la época del crudo invierno, y en verano, disfrutando del aire fresco que se respira por los sombríos bordes de las acequias.

Cuando corro por estos parajes, me siento como el primero y el último hombre de la tierra, al igual que el protagonista de "La soledad del corredor de fondo", porque especialmente en primavera el Pinar de Antequera aún tiene efímeros momentos de esplendor, retazos del paraíso que fue. Corriendo de mañana te pueden sobresaltar el escandaloso vuelo de las torcaces, inquietarte la huida de algún bastardo, el raudo cruce de conejos cuando no la ardilla va ganándole metros al pino a medida que te vas acercando. En un tiempo, el Pinar debió ser una espléndida selva, una hermosa esmeralda engarzada en un recorrido de naturaleza que generó especies únicas de la fauna. Las manos del que se supone el animal más evolucionado de la tierra aún no habían determinado sus confines ni creado caminos artificiales.



El progreso de la era tecnológica no había llegado y, cuando lo hizo, sus especies únicas desaparecieron, surgiendo otra mortal y depredadora: "el pípedo". Lo que a la naturaleza costó millones de años crear, en poco más de un siglo estos animales de dos patas están a punto de devastarlo. Con las aguas envenenadas de las industrias; con los pesticidas; con las escopetas asesinas; con la codicia de los promotores construyendo groseras edificaciones que dibujan un nuevo paisaje; con las mechas de los pirómanos; con la pasiva complicidad de los munícipes que tuvieron la obligación de protegerlo; con los inconscientes, cuando no maldad, de los ciudadanos que abandonan sus miserias y desechos en el pinar. Ellos y todos nosotros, los que no hemos salido en su defensa, seremos testigo de la lenta agonía de aquel prodigio irreplicable de la creación, convertido ahora en un muladar, en el que las pocas especies que perviven lo hacen decadentes y enfermas, entre escombros, restos de podredumbre, latas, plásticos, aceites residuales y pinos calcinados.



Entre todo ese más que aparente pesimismo, los corredores nos abrimos camino cada día, descubrimos nuevas trochas y veredas, modificamos habituales circuitos, obligados por la aparición de más asfalto y adosados, pues nuestras trotadas de cada día no exige de sofisticadas superficies.

Anoche soñé que volvía a correr, pese a mi actual impedimento físico, por la red de los suaves caminos del Pinar de Antequera, amanecía y el aroma de la suave brisa alimentada mi alma, iba borrando las huellas dejadas por el "bípedo" de nuestra era, y cuando ya llegaba al lugar de

partida, inicio de circuito de cola cao, un efervescente cartel anunciaba: Pinar de Antequera, parque natural, permitido el paso sólo a andarines, paseantes, enamorados, corredores y animales de cualquier especie. Bienvenidos al club de los hacedores en realidad los sueños de este viejo corredor.

Felipe Méndez Simón